

Dios», nota como causa de todo ello que el calor de la fe se va resfriando en los corazones; y acierta á encerrar la indignación de su alma creyente y honrada, en frases tan enérgicas y sentenciosas como éstas:

Somos malos á porfía
Y muy contentos de sello...
.....
Las virtudes son perdidas,
Muertas son con negros velos,
Si los niños ternezuelos
No les dan vida de nuevo (1).

(1) Inseparable del nombre de Alvarez Gato debe ser el de su amigo el capitán Hernán Mexía, veinticuatro de Jaén, que se asemejó mucho al poeta de Madrid en las dotes del ingenio, aunque fuese menos fecundo que él. Además de las coplas políticas ya citadas, que no se hallan en los *Cancioneros* impresos, sino en el manuscrito de Alvarez Gato, conocemos de Hernán Mexía nueve composiciones insertas en el *General* de Castillo (números 115 á 124 de la edición de los *Bibliófitos españoles*). La primera es un diálogo entre el *pensamiento* y el *seso*; pero la más notable es sin duda la sátira contra las mujeres, escrita á imitación de la de Torrellas, según en ella misma se declara:

Perdonad, Pero Torrellas,
Mis renglones torcederos...
Poder del padre Corvacho,
Saber del hijo Torrellas,
Dad á mi lengua despacho
Porque diga sin empacho...
Socorred por Dios, Torrellas,
Y tú, valiente Bocacio,

Pero la sátira de Mexía es tan superior á la de Torrellas en donaire, viveza y felices rasgos de costumbres, que sin escrúpulo puede contarse entre las mejores poesías de este reinado; y hasta el severísimo Quintana la incluyó (algo mutilada) en las *Poesías escogidas* de nuestros Cancioneros y Romanceros, que reunió para la *Colección Fernández* (tomo XVI). Una de las estrofas malamente suprimidas por Quintana atestigua lo populares que eran todavía á principio del siglo xv los temas novelescos del ciclo bretón y cuánto gustaban de ellos las mujeres:

Deseo que las inflama,
Ya que cansadas están,

Ejemplo señalado de la poca equidad con que suele repartir la fortuna literaria sus favores, nos ofrece el insigne poeta castellano Gómez Manrique, injusta-

En tal lición las derrama:
Cuál amó más á su dama,
De Lanzarote ó Tristán:
Si amó con mayor desseo
A Lanzarote Ginebra
O á Tristán la reina Iseo...

Hay en estas coplas reminiscencias, no solamente de Boccacio, sino del *Corbacho* castellano del Arcipreste de Talavera, especialmente en el pasaje en que se describen los afeites y atavíos de las mujeres:

Ya se tranzan los cabellos,
Ya los sueltan, ya los tajan,
Mil manjares hacen dellos,
Van y vienen siempre á ellos
Sus manos que los barajan,
Crescen y menguan las cejas,
.....
Tórnanse frescas las viejas,
Las amarillas, bermejas,
Las blancas como la nieve...

También admitió Quintana en su primera Colección unos versos amorios de Hernán Mexía (*á una partida que hizo de donde su amiga estaba*) en el modo y estilo de los de Guevara, ó Diego Sánchez de Badajoz:

Iba de negro vestido,
El rostro triste y lloroso;
Passo á passo y desmayado
Por unos montes perdido
Sin nunca esperar reposo:
La barba lleva crecida

mente obscurecido hasta estos últimos años, tanto por la rareza de los manuscritos en que se guardaba su *Cancionero*, cuanto por la notoriedad de las inmortales.

Como fué su mala suerte,
Y con pasión dolorida
Bien demostraba su vida
Las señales de la muerte...

Todavía más que como poeta es conocido Hernán Mexía como autor del *Nobiliario Vero* (Sevilla, 1492), libro, no de genealogías, como de su título pudiera inferirse, sino de heráldica, y uno de los más antiguos é importantes que tenemos.

De la persona de este Mexía hay muy interesantes, aunque no muy honrosas, noticias en la *Relación de los fechos del Magnífico Condestable Miguel Lucas de Iranzo* (*Memorial Histórico Español*, tomo VIII, págs. 352 y siguientes). Al llegar en su narración al año 1468 dice el anónimo cronista que «como los fechos del Rey (Enrique IV) estuviesen tan derribados y caídos, y esos pocos que habian quedado en servicio del señor Rey enflaqueciesen y de cada día se menguasen y consumiesen, y como el señor Condestable tan supremamente perseveraba en su lealtad y en el servicio del señor Rey; y el Marqués de Villena, que ya era Maestre de Santiago, le desease destruir é haber aquella ciudad de Jaén á su mano, creyendo que si esto pudiese acabar, el dicho señor Rey era de todo punto perdido, y que no le quedaba cosa en Castilla que se pudiese sostener, un caballero que se decía *Fernán Mexía*, natural de la ciudad de Jaén, y otro Comendador Juan de Pareja... é otros ciertos naturales é vecinos de ella con ellos, por tratos que el dicho Marqués de Villena, Maestre de Santiago, facia con ellos, eran de acuerdo y estaban conjurados de matar á traición al dicho señor Condestable y robar á los conventos, porque la comunidad de la dicha ciudad de mejor voluntad se juntase con ellos y levantase con la dicha ciudad. Para lo cual facer y llevar adelante esperaban ser socorridos de D. Fadrique Manrique, que estaba apoderado de Arjona y de todos los castillos y aldeas de Jaén é aun de Villanueva, otro castillo de Andújar; é de D. Alonso, señor de la Casa de Aguilar, é de las ciudades de Córdoba, Ubeda y Baeza y de otras gentes: lo cual tenían acordado de facer la vispera de San Lázaro, cuando el dicho señor Condestable saliese seguro á las visperas, que es en el campo, fuera

Coplas de su sobrino, que no han sido pequeño obstáculo para que los oídos de la gente se acostumbrasen al nombre de otro poeta de la misma sangre, del

de la dicha ciudad de Jaén. Y como su señoría fuese aquel día seguro á las visperas, muy acompañado de gente, aunque de la traición que le estaba ordenada no sabia cosa ninguna, los traidores enflaquecieron y no se atrevieron á lo hacer, y dexáronle por aquel día para adelante... Nuestro Señor Dios, que no quiso dar lugar que el dicho señor Rey D. Henrrique fuese de todo punto destruido y perdido, ni que tan buen caballero, en quien tantas bondades y virtudes habia, fuese así muerto tan malamente por manos de traydores malvados, puso en corazón de un su escudero, á quien los traydores se lo habian descubierto todo para ser en ello, de lo descubrir al dicho señor Condestable... Y como quiera que el dicho señor Condestable disimuló y dió á entender que no habia persona que tal se atreviese á pensar, de la otra parte por muchas señales é conjeturas creyó que seria algo dello, y dende á poco cabalgó en un caballo en que habia venido, y con él dos mozos de espuelas, el uno con una lanza y adarga delante, como la solía traer; é por mayor disimulación no quiso llevar otra compañía, y con un hombre de la dicha ciudad de Jaén, que á la hora le dió una petición, quejándose de cierto agravio que rescibía, envió á mandar á Fernán Mexía, que era regidor de la dicha ciudad de Jaén, que viese aquella petición para hablar con ellos sobre lo en ella contenido, é que luego cabalgase y se fuese en pos dél á la Llana de los Alcázares, que ende lo fallaría. Y como aquel hombre dijo esto al dicho Fernán Mexía, preguntóle que quién iba con el dicho señor Condestable, y respondióle: «No otro sino dos mozos de espuelas»; y como quiera que estuvo un poco dudando, dixole que le placía, y luego cabalgó á caballo, y fué á buscar al dicho Comendador Pareja, y dijole como el dicho señor Condestable lo habia enviado á llamar, no sabia para qué. E luego cabalgaron ambos con otros cinco ó seis escuderos de á caballo con sus lanzas en las manos, como otras veces solian andar, y con intención de todavía poner por obra lo que tenían acordado; y andando por la ciudad buscando al dicho señor Condestable, toparon con él, con otros dos ó tres de caballo cerca de su posada, que ya se venía á descabalgár; y allí, según el

mismo apellido y del mismo género de inspiración, siquiera ésta no se mostrase de un modo tan cabal y perfecto en una composición aislada. Pero al revés de Jorge Manrique, en cuyas restantes poesías nada hay que la crítica más benévola pueda considerar como digno del autor de la elegía á la muerte de su padre, nos quedan de Gómez Manrique más de un centenar de composiciones de todos géneros y estilos, entre

»dicho Fernán Mexía confesó, quisieron cometer y poner por
»obra su traición de matar al señor Condestable, salvo que por
»milagro de Dios, que se les antoxó y paresció que venían con
»su merced quince ó veinte de caballo, y no venían sino sólo
»dos ó tres, como dicho es. Y como su merced los encontró y
»los vido, con muy graciosa cara les dixo: «Fernán Mexía y
»Comendador, ¿dónde venís?» Ellos respondieron: «Señor, de
»buscar á vuestra señoría, que nos dixerón que andaba cabal-
»gando.» Y él dixo: «Pues andad acá, vamos á descabalgár.»
»Y como entró en el patio de su palacio, descabalgó, y comen-
»zando á subir por el escalera, como quien no dice nada, dixo:
»Comendador y Fernán Mexía, descabalgad y subíos acá.» Y
»subióse tras el señor Condestable... Y como el dicho señor Con-
»destable subió arriba, y Fernán Mexía con él, mandó á cinco
»ó seis de su casa que ende falló, así como reposteros é porte-
»ros é otros, que prendiesen al dicho Fernán Mexía, el qual
»luego fué preso y metido en una cámara, y luego fué preso
»allí un escudero, que era criado del dicho Fernán Mexía, que
»se llamaba Alvaro de Piña..., el qual se decía que de parte
»del dicho Maestre había tratado esto con el dicho Fernán
»Mexía... Y luego esa noche el dicho Fernán Mexía y Alvaro
»de Piña confesaron todo el fecho de la verdad, de cómo y en
»qué manera tenían concertado de matar á puñaladas al dicho
»señor Condestable; y esa noche mandó su señoría subir y lle-
»var al dicho Fernán Mexía á una mazmorra, que está en la to-
»rre del homenaje del alcázar nuevo de la dicha ciudad; y el jue-
»ves siguiente mandó degollar en el mercado al dicho Alvaro
»de Piña, y fueron presas las mujeres que se pudieron haber de
»todos aquellos que eran en aquella traición y maldad, y fue-
»ron secuestrados todos sus bienes.»

A este Fernán Mexía atribuye Ximena en sus *Anales de Jaén* (pág. 115), cierta obra sobre los pobladores de Baeza.

las cuales son las menos las que pueden desecharse como insignificantes ó débiles, y muchas las que, en relación con el arte de su tiempo, pueden calificarse de magistrales, y apenas ceden la palma á ninguna de las que antes del periodo clásico se compusieron. Tomada en conjunto su obra lírica y didáctica, Gómez Manrique es el primer poeta de su siglo, á excepción del Marqués de Santillana y de Juan de Mena. Su sobrino, que es de su escuela y que manifestamente le imita, tuvo un momento de iluminación poética, en que le venció á él y venció á todos; pero sin este momento, que fué único en su vida, yacería olvidado entre el vulgo de los trovadores más adocenados, y no llegaría siquiera á la talla de un Garcí-Sánchez de Badajoz ó de un Alvarez Gato.

Es cierto que el *Cancionero* de Gómez Manrique no ha sido publicado ni aun conocido en su integridad hasta que en fecha bien reciente (1885) parecieron á un tiempo dos códices de él, uno en la Biblioteca Nacional y otro en la de Palacio; pero hubiera bastado con las poesías insertas en el *Cancionero General*, desde su primera edición de 1511, para medir la talla de su autor, y no condenarle á una preterición tan desdeñosa é injusta. Afortunadamente, la reparación, aunque tardía, ha sido completa, y pocos autores de los tiempos medios han alcanzado el beneficio de una edición tan esmerada como la que debe Gómez Manrique á los estudiosos desvelos del Sr. Paz y Melia, uno de los más modestos y más beneméritos investigadores de nuestras antiguallas literarias.

Fué Gómez Manrique, además de poeta, orador político, caballero leal y esforzado, y personaje de tanta cuenta en la historia política de su tiempo, que de sus hechos están llenas las crónicas de Enrique IV y de los Reyes Católicos. A ellas seguiremos principalmente en el breve bosquejo que vamos á hacer de su vida, utilizando además las indicaciones contenidas en sus poemas, y sirviéndonos como de hilo conductor el

largo capítulo que á Gómez Manrique dedica Salazar en el tomo II de la *Casa de Lara* (1), que es sin disputa la más puntual historia genealógica que tenemos en nuestra lengua.

La nobilísima tierra de los antiguos campos góticos, aquella severa, pero feraz planicie, grata al heroísmo y al arte, que se dilata entre el Ezla, el Carrión, el Pisuerga y el Duero, no ha sido desde el siglo XVI acá muy fecunda en poetas, pero tuvo la gloria de producir en la Edad Media cuatro de los más excelentes y famosos: el Rabí D. Sem Tob de Carrión, el Marqués de Santillana y los dos Manriques, así como había de dar al Renacimiento español el primero de sus escultores en Berruguete. Y esos cuatro poetas de la región vaccea parecen enlazados entre sí por un vínculo más estrecho que el del paisanaje, puesto que en los cuatro predomina, en medio de las diferencias de origen y aun de religión, un mismo sentido doctrinal y un concepto grave y austero de la vida, que parecen muy en armonía con la majestad algo seca y desnuda del territorio en que nacieron.

El tiempo y la incuria de los hombres han borrado de la en otro tiempo floreciente villa de Amusco (alegrada en alguna ocasión por el brillante y fastuoso tropel de la corte de D. Juan II) hasta los últimos restos del palacio de los Manriques, que desde el siglo XIII poseían aquel señorío juntamente con el de Piña y Amayuelas. En vano se buscarán tampoco en la iglesia parroquial los sepulcros de esta estirpe nobilísima. Contentémonos con saber que en Amusco

(1) Tomo II, págs. 531 á 542. Es cosa singular, y prueba la falta de gusto de nuestros antiguos eruditos, especialmente de los genealogistas, el que Salazar y Castro, escribiendo tan extensamente sobre G. Manrique, no haga la menor alusión á sus méritos literarios.

probablemente, hacia el año 1412, nació nuestro Gómez Manrique, quinto hijo de aquel Adelantado mayor del reino de León D. Pedro Manrique, «tan menguado de cuerpo como crecido de seso» (según frase de su enemigo el arzobispo de Toledo D. Sancho de Rojas), y de Doña Leonor de Castilla, nieta de Enrique II, y camarera mayor de la reina Doña María: señora de tanta piedad y virtud, que apenas quedó viuda en 1446 convirtió su casa en convento, trasladado en 1458 á Calabazanos, y para el cual, como veremos luego, compuso nuestro poeta una pieza dramática ignorada hasta nuestros días, la *Representación del nacimiento de Nuestro Señor*. Hermano mayor de Gómez Manrique era aquel conde de Paredes, D. Rodrigo, llamado el segundo Cid y el vencedor en veinticuatro batallas, penúltimo maestre de la orden de Santiago, y célebre más que por todo ésto, por haber sido llorado en los metros de su hijo, más duraderos que el bronce.

Salazar pone en 1434 el principio de las memorias conocidas de Gómez Manrique, haciéndole concurrir á la toma de Huéscar, que tomó á escala vista su hermano D. Rodrigo, y aun ganar por sí otras fortalezas á los moros; y añade que el rey le confió la gobernación de aquella plaza. Quizá haya confusión entre nuestro poeta y otro de sus hermanos, llamado Diego Gómez Manrique, que es el único á quien el conde de Paredes nombra en la carta en que da cuenta al Rey del hecho. Pero Pulgar en los *Claros Varones* (título XIII) cita á Gómez Manrique, y su narración tiene un carácter tan épico, que no podemos menos de transcribirla á la letra.

«Este caballero (D. Rodrigo) osó acometer grandes »fazañas: especialmente escaló una noche la ciudad »de Huéscar, que es del reino de Granada; é como »quier que subiendo el escala los suyos fueron »tidos de los moros, é fueron algunos derribados del »adarve, é feridos en la subida; pero el esfuerzo deste »capitán se imprimió á la hora tanto en los suyos,

»que pospuesta la vida, é propuesta la gloria, subie-
 »ron el muro peleando, é no fallescieron de sus fuer-
 »zas defendiéndole, aunque veían los unos derramar
 »su sangre, los otros caer de la cerca. Y en esta ma-
 »nera matando de los moros, é muriendo de los suyos,
 »este capitán, ferido en el brazo de una saeta, pelean-
 »do entró en la cibdad, é retruxo los moros fasta que
 »los cerró en la fortaleza; y esperando el socorro que
 »le farían los christianos, no temió el socorro que ve-
 »nía á los moros. En aquella hora los suyos, vencidos
 »de miedo, vista la multitud que sobre ellos venía
 »por todas partes á socorrer los moros, é tardar el so-
 »corro que esperaban de los christianos, le amonesta-
 »ron que desamparase la cibdad, é no encomendase
 »á la fortuna de una hora la vida suya, é de aquellas
 »gentes, juntamente con la honra ganada en su edad
 »pasada: é requiríanle que, pues tenía tiempo para se
 »proveer, no esperase hora en que tomase el consejo
 »necesario, é no el que agora tenía voluntario. Visto
 »por este caballero el temor que los suyos mostraban:
 »No, dixo él, suele vencer la muchedumbre de los mo-
 »ros al esfuerzo de los christianos cuando son buenos,
 »aunque no son tantos: la buena fortuna del caballero
 »cresce creciendo su esfuerzo: é si á estos moros
 »que vienen cumple socorrer á su infortunio, á nos-
 »otros conviene permanecer en nuestra victoria fasta
 »la acabar ó morir; porque si el miedo de los moros
 »nos ficiese desamparar esta cibdad ganada ya con
 »tanta sangre, justa culpa nos pornían los christianos
 »por no haber esperado su socorro, y es mejor que
 »sean ellos culpados por no venir, que nosotros por
 »no esperar. De una cosa, dixo él, sed ciertos, que
 »entretanto que Dios me diere vida, nunca el moro
 »me porná miedo: porque tengo tal confianza en Dios
 »y en vuestras fuerzas, que no fallerán peleando,
 »veyendo vuestro capitán pelear. Este caballero duró,
 »é fizo durar á los suyos combatiendo á los moros que
 »tenía cercados, é resistiendo á los moros que le te-

»nían cercado, por espacio de dos días, hasta que vino
 »el socorro que esperaba, é dió el fruto que suelen
 »aver aquellos que permanecen en la virtud de la for-
 »taleza. Ganada aquella cibdad, é dexado en ella
 »por capitán á un su hermano Gómez Manrique, ganó
 »otras fortalezas en la comarca.»

En esta escuela de heroísmo se educó Gómez Man-
 rique, por más que las turbulencias interiores del
 reino le dejasen poca ocasión de ejercitarse en gue-
 rra contra moros. En las discordias del tiempo de
 D. Juan II siguió, como todos los de su casa, la voz
 de los infantes de Aragón, y militó siempre entre los
 adversarios de D. Alvaro de Luna. Fué uno de los
 quince elegidos por su parcialidad para que entrasen
 en Tordesillas cuando se dió el famoso *Seguro* de 1439.
El buen conde de Haro expresa con puntualidad los
 nombres de todos los que acompañaban á nuestro
 poeta: entre ellos el infante D. Enrique, el Almirante,
 el conde de Benavente, D. Gabriel Manrique, comen-
 dador mayor de Castilla, el señor de Frómista Gó-
 mez de Benavides, Lorenzo Dávalos y otros menos
 conocidos hoy.

Sabido es que lo que allí se capituló quedó roto muy
 pronto, y que la guerra civil continuó cada vez más
 enconada. Cuando en 1441 el infante D. Enrique fué
 rechazado de los muros de Maqueda por la gente del
 Condestable, Gómez Manrique estaba entre los sitia-
 dores, y *fué ende ferido*, dice la *Crónica de D. Juan II*.
 Sirvió con grande esfuerzo á su hermano en la pre-
 tensión del Maestrazgo de Santiago que traía contra
 el Condestable (1446), derrotando y poniendo en fuga,
 con sólo cien hombres de armas, al Mariscal D. Diego
 Fernández de Córdoba, señor de Baena, que le había
 atacado por sorpresa en la villa de Hornos. Duraron
 estas hostilidades dos años, hasta que en 26 de Abril
 de 1448, el Mariscal, el Obispo de Cartagena, el Ade-
 lantado de Murcia y los demás capitanes del Rey por
 aquella parte, otorgaron en Murcia escritura de tregua.

con el Maestre y con sus dos hermanos Gómez Manrique y el señor de las Amayuelas.

Quien sólo considere á nuestro poeta en este primer período de su vida, le hallará de los más turbulentos y desafortunados banderizos, mucho más cuando le vea el martes de Carnaval de 1449 embestir furiosamente la ciudad de Cuenca, y pelear tres días seguidos, aunque sin fruto, para arrojar de ella al Obispo Fr. Lope Barrientos, que la tenía en nombre del Condestable. Pero en los tratos que precedieron á este asalto frustrado, Gómez Manrique no obraba por cuenta propia, sino instigado por su suegro Diego Hurtado de Mendoza, que había prometido entregar á Alfonso V de Aragón aquella ciudad á cambio del señorío de Cañete para sí, y la villa de Alcolea de Cinca para su yerno. En esta ocasión, como en otras, Gómez Manrique cedió con excesiva docilidad á los compromisos de familia y á las sugerencias de la sangre, especialmente mientras vivió su hermano el de Paredes, cuyo indomable carácter ejercía natural fascinación y dominio sobre el ánimo de Gómez Manrique, que por lo demás era de suyo blando y pacífico, como lo prueba el hecho de haber sido elegido tantas veces componedor y árbitro. De otro lado, su fortuna, entonces escasa y que nunca llegó á ser muy holgada, le colocaba en cierto género de dependencia respecto de sus hermanos, por más que su padre, cumpliendo el deseo de Doña Leonor de Castilla, que parece haberle preferido entre sus hijos, procurase favorecerle lo más que pudo, en el testamento que otorgó en 1440, fundándole un mayorazgo con los bienes que poseía en tierra de León, con siete lanzas que tenía del Rey, y con 9.000 maravedis de merced (1).

(1) A su relativa pobreza alude noblemente Gómez Manrique en el *Prohemio del Regimiento de Principes*, dirigiéndose á los Reyes Católicos:

«Como yo, muy poderosos señores, decienda de uno de los

Los albores del reinado de Enrique IV trajeron para los Manriques un transitorio período de favor, en que les fueron restituidos y acrecentados los bienes suyos que habían sufrido confiscación en las turbulencias anteriores. Gómez Manrique abrió su pecho á la esperanza, y pidió delicados sonos á su lira para ensalzar la belleza de la nueva Reina Doña Juana de Portugal, á cuyas bodas asistió en Córdoba (1):

Muy poderosa señora,
Fija de reyes é nieta;
Reyna gentil é discreta,
En virtudes más perfecta

«más antiguos lynajes destes reynos, aunque non aya subcedido en los grandes estados de mis antecesores, no quedé heredado de algunos de aquellos bienes que ellos non pudieron dar nin tirar en sus testamentos, y entre aquellos, del amor natural que mis pasados tuvieron á esta patria donde honradamente vivieron y acabaron y están sepultados.»

Hablando con el contador Diego Arias de Avila, que le pedía versos antes de despacharle una libranza, le decía donosamente: «Que si del solo oficio de trobar é de las tierras é mercedes que tengo en los libros del muy poderoso rey, nuestro soberano señor, me oviese de mantener, entiendo por cierto que sería muy mal mantenido, segund yo trobo, é vos, señor, me libraís.»

Ha de decirse en obsequio de la verdad que la misma Reina Católica, á quien tan fielmente sirvió, no anduvo con él muy generosa. El corregimiento y alcaldía de Toledo fueron bien corto premio para sus merecimientos, y en la minoración de juros de 1480 se le rebajaron 30.000 maravedis de los 140.000 que disfrutaba en Ubeda, Aranda y otros lugares. Parece que hay de todo esto una queja delicada en su testamento, cuando ruega á la Reina que «por sus servicios y de su mujer quiera ser principal tutora y curadora de sus nietas, haciendo por ellas lo que por otras huérfanas, especialmente siendo criadas en su real casa, y satisfaciendo con este cuidado el cargo que podría tener su real conciencia de lo que él y su mujer la habían servido y deseado servir.»

(1) *Loor á la muy excelente señora Doña Juana, reina de los reynos de Castilla*. (C. de S. M., tomo I, pág. 180.)

Que cuantas reynan agora
.....

Vuestras façiones polidas,
Reyna de las castellanas,
Tan perfetas son é sanas,
Que no parecen humanas,
Mas del cielo descendidas:
Tanto que la su beldad
Escurece las más bellas,
Como faze las estrellas
El sol con su claridad.

El son de vuestro hablar,
En los oydos que suena,
No pone, mas quita pena,
Como faze la serena
Con el su dulce cantar.
El mirar de vuestros ojos,
Los quales se vuelven tarde,
Al fuerte faze cobarde,
Y al muy triste sin enojos.

Por desgracia la nueva princesa, aunque por su *fermosura* mereciese la manzana del juicio de París, según Gómez Manrique, anduvo muy lejos de ser *tan amiga de cordura é contraria de soltura*, como el poeta, engañado más por su buen deseo que por espíritu de adulación, vanamente profetizaba. Fueron, por el contrario, sus liviandades causa principalísima para acelerar la disolución del reino y encender de nuevo la tea de la discordia. Gómez Manrique figuró desde el principio entre los descontentos. Él y los de su casa tenían particulares motivos de enojo contra el Rey. Cuando un pariente suyo muy próximo, Garcilaso de la Vega, sobrino del Marqués de Santillana, sucumbió en la frontera de Granada, herido en el cuello por una saeta enherbolada, «ofreciendo su vida por la salud de los suyos» con un sacrificio heroico que Hernando del Pulgar compara con la hazaña de Horacio Coeles en la puente Sublicia del Tiber, los Manriques se echaron á los pies del Rey pidiéndole para el único hijo de aquel mártir de la fe y del honor caballeresco la encomienda de Montizón, que Garcilaso tenía. Excu-

sóse el Rey friamente, y al otro día dió la encomienda á un hermano de su gran favorito de entonces, Miguel Lúcas de Iranzo. Pero si D. Enrique IV, esclavo de su poquedad y de sus vicios, no supo honrar la memoria del gran caballero á quien perdía, no faltaron á Garcilaso exequias más que reales en el canto de Gómez Manrique, que al llorar la *defunzió*n de su primo, el que «fazía sangre antes que otro en los enemigos», rivalizó con lo más excelso del *Labyrintho* de Juan de Mena, con el episodio de la muerte del Conde de Niebla, con las lamentaciones de la madre de Lorenzo Dávalos.

Pasaron estas cosas en 1458, y ya dos años después D. Rodrigo Manrique y sus hermanos rompían definitivamente con el Rey de Castilla, que los había tratado con manifiesta hostilidad en los pleitos y bandos que traían con el Conde de Miranda sobre el condado de Treviño, y hacían liga con el Rey de Aragón, confirmándola con reciprocos pactos y juramentos; si bien en 1461 concurrieron á una tentativa de avenencia entre ambas coronas, haciendo pleito homenaje en manos de Gómez Manrique, por la parte de Castilla, el Marqués de Villena, y el Comendador Juan Fernández Galindo, por la de Aragón, y en nombre de los próceres rebeldes que se habían *desnaturado* del reino, el Arzobispo de Toledo, el Almirante de Castilla y el Conde de Paredes.

Esta concordia se frustró, como todas las precedentes. La sentencia arbitral de Madrid de 21 de Marzo de 1462, que autoriza Gómez Manrique como primer testigo, no fué acatada por nadie, y la liga aristocrática, cobrando fuerzas cada día con el abandono y ceguera del Monarca, acabó por escandalizar el reino con el *más criminoso auto de aquellos tiempos*, es decir, con el afrentoso destronamiento de Enrique IV en público cadalso levantado en la ciudad de Ávila. Entre los grandes y caballeros que organizaron aquel desacato no cita Diego Enriquez del Castillo á Gómez

Manrique, pero si á sus hermanos el Conde de Paredes y D. Iñigo Manrique, obispo de Coria. Y aunque materialmente no concurriese al acto de la deposición, fué de los primeros que tomaron la voz del infante D. Alonso y de los que más fielmente le sirvieron durante su efimera usurpación, sustentando, en nombre del Rey intruso, la fortaleza y cimborrio de Ávila, principal baluarte de los insurrectos, y dilatando desde allí sus correrías á otras partes de Castilla. Así se halló en la ocupación de Segovia, y tuvo la mayor parte en ganar á Valladolid para la causa del Infante, vadeando el Duero en noche oscura, y dando de súbito sobre la gente que el Rey tenía en Tudela, la cual cayó prisionera en su mayor parte.

Muerto el Infante D. Alonso, Gómez Manrique, lejos de hacer las paces con el Rey como muchos otros, siguió el partido de la Infanta Isabel, la entregó el alcázar y cimborrio de Ávila, asistió como parcial suyo al juramento y concordia de los Toros de Guisando en 19 de Septiembre de 1468, y contribuyó eficazmente á su matrimonio con el Príncipe de Aragón, D. Fernando, que en manos de Gómez Manrique prestó en Cervera pleito homenaje de guardar inviolablemente los capítulos concertados por el Arzobispo de Toledo, el Almirante y la casa de los Manriques, principales defensores de la Princesa. El futuro Rey Católico se allanó á todo, y cuando entró disfrazado en el territorio castellano para hacer sus bodas, Gómez Manrique, con cien lanzas del Arzobispo Carrillo, fué escoltándole desde Berlanga y Burgo de Osma, hasta ponerle en seguridad dentro de Dueñas. Las promesas hechas á los Manriques fueron ratificadas en Valladolid, el 4 de Diciembre de 1469, mediante nuevo pleito homenaje prestado por los Principes en manos de nuestro poeta, siendo fiadores el Arzobispo y el Almirante. «Yo el Príncipe é yo la Princesa (dice este notable documento), ambos juntamente, é cada uno de nos por sí, damos nuestras fees, é hacemos

pleyto é homenaje en manos de Gómez Manrique, caballero, é ome fijodalgo, una é dos é tres veces... según fuero é costumbre de España, é juramos á Dios é á esta cruz en que ponemos nuestras manos, de cumplir é guardar é tener todo lo sobredicho.»

De esta escritura salieron por fiadores el Almirante y el Arzobispo de Toledo, unidos entonces en la misma causa política; pero no tardó el toledano, hombre de indole brava é inquieta, de mostrarse receloso del natural favor que con D. Fernando lograban su abuelo el Almirante y todos los allegados á la familia de los Enriquez. Gómez Manrique, gran concertador de voluntades, procuró atajar los peligros de esta división, y mientras vivió D. Enrique IV, consiguió mantener al terrible prelado en el partido de la Infanta y aun tuvo la precaución de aceptar el mando de las fuerzas arzobispales, sin duda para evitar todo peligro de defección «como quier que á la sazón su espíritu estaba muy aflegido por el fallecimiento de la Condesa de Castro su hermana, y su presona mal dispuesta de salud para tomar las armas». Y tanto ahinco puso en ello, que prometió que «cuando á caballo non pudiese ir, se faría levar en un azémila». Y, con efecto, todavía en Noviembre de 1474, es decir, en las postrimerias del reinado de Enrique IV, cercaba y tomaba con quinientas lanzas de la gente del Arzobispo y dos *engeños* y dos lombardas, la fortaleza de Canales, del modo que largamente refiere el panegirista de Don Alonso Carrillo (Pero Guillén de Segovia), terminando con este expresivo elogio de Gómez Manrique, á quien llama «primo y mayordomo mayor de la casa del Arzobispo»: «Y fallarás quel dicho capitán Gómez Manrique trabajó tanto, que durante este sitio »nunca comió nin cenó desarmado nin se desnudó. »Tanto tenía que facer al comienzo en asentar las estanzas y los tiros de pólvora, los quales con los más »principales caballeros de la hueste habia de levar é »asentar é asimismo la madera para fazer los reparos,